

FRANCIA Y SU DEFENSA

(De la Revista "Revue de Defense Nationale (Enero 1972)", traducido por el TCol. de Aviación (S.V.) D E M D. Ricardo y Fernández de Caleyá).



Marzo, 1972

Conferencia fué dada por M. Michel Debré, Ministro de Estado a cargo de la Defensa Nacional en el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional; con ocasión de la apertura de la 24ª sesión el 19 de Octubre de 1971.

Conviene recordar cada año, a los oyentes que atienden a la sesión anual del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, que el esfuerzo de atención y de reflexión que se les pide tiene una razón de ser. Esta razón de ser es esencial, en el sentido literal de la palabra, para la existencia de las francesas y de los franceses.

Hoy como ayer, mañana como hoy, Francia tiene un destino. Este destino, que no está escrito por adelantado, depende del comportamiento de cada uno y de su conocimiento de las obligaciones de la vida colectiva. Como es natural, el comportamiento de aquellos que ejercen responsabilidades, o influencia, reviste una importancia muy grande.

A este primer motivo debe de añadirse un segundo. Es importante que Vds. sepan y puedan decir que nuestra política de defensa no es una mezcla de tradiciones continuadas por pereza, de innovaciones resultantes de la voluntad o de la fantasía de algunos, circunstancias a las cuales el azar daría un eco particular. Nuestra política de Defensa es un conjunto. Este conjunto es el resultado de un esfuerzo de reflexión global que es el primer deber del Gobierno. Se aplican las conclusiones según las circunstancias del tiempo, pero en función de los imperativos permanentes de la Patria.

¿Puede disponer Francia de una defensa?

Yo comenzaría por hacer un desarrollo resumido sobre los términos en sí mismos de la Defensa Nacional.

Fácilmente, los espíritus superficiales dicen, o escriben, que una nación como la nuestra, tal y como es, dentro del mundo en que se encuentra, no puede tener una política de defensa. Se ven, con bastante claridad, las fuentes diversas de esta afirmación desoladora.

Ciertos espíritus se encuentran todavía marcados por los acontecimientos de la segunda guerra mundial; Francia estuvo entonces a punto de desaparecer para siempre. Pero este drama no era fatál; existían causas precisas. Después de la primera guerra mundial, los dirigentes responsables de Francia no tomaron conciencia de la rectificación indispensable en el triple dominio de la demografía, de la modernización económica y de la solidaridad social. A continuación, nuestros conceptos estratégicos han sido, en relación con los acontecimientos y a los progresos técnicos, hablando propiamente desviados. El Coronel De Gaulle no fué comprendido por los jefes militares, Paul Reynaud no fué comprendido por los jefes políticos. En fin, cuando sonaron las horas trágicas de 1939, los mandos, tanto políticos como militares, fueron insuficientes. No dudemos entonces en decir que la tragedia de 1939 pudo haber sido evitada, y que es muy fácil olvidar las faltas cometidas a fin de hacer resaltar el concepto inexacto de que Francia no sería ya capaz de tener una defensa. Otros espíritus consideran que la aparición en nuestro Universo de potencias considerables tales como los Estados Unidos, la Rusia Soviética y China, releva a toda nación que no puede encontrarse en el mismo nivel, de la mínima posibilidad de disponer de una autonomía de acción, aunque sea con el pensamiento. Los dirigentes de estas grandes potencias no se privan, cuando se presenta la ocasión, de divulgar semejante afirmación y los espíritus ávidos de sumisión las escuchan fácilmente. Sin embargo, los hechos contradicen estos puntos de vista demasiado simples. Israel tiene una política de defensa, Egipto también la tiene. Vietnam del Norte ha demostrado después de varios años una tenacidad en la resistencia que es además ejemplar en la historia del mundo. Sin duda, puede decirse de los pueblos a que acabo de referirme, que han obtenido apoyos exteriores, que la grandísima potencia que ha tratado de romper a Vietnam del Norte no ha empleado de todo punto los medios extremos que dispone; pero estos apoyos o esta duda en utilizar el arma suprema son elementos que entran en cuenta en una política de defensa. El que resiste provoca una coalición y la coalición restablece una especie de equilibrio. En determinadas situaciones, el empleo del arma nuclear supone un riesgo excesivo en relación con el juego que se lleva. A parte de estos ejemplos, ¿por qué Francia no ha de tener ninguna política de defensa, si Yugoslavia tiene una, si Suecia y Suiza no dudan en afirmar la permanencia de su autonomía de pensamiento y acción?. En resumen, la política de defensa no es de ninguna manera un atributo de las potencias dominantes. Afirmar lo contrario sería admitir que sólo pueden tener una diplomacia y un ejército - las potencias que tengan una voluntad hegemónica y una capacidad de conquista. Esto tan contrario a la verdad es la negación de la historia y la moral a la vez.

También otros espíritus evocan las necesidades imperiosas de la cooperación internacional. No habría defensa, principalmente para Francia, sin la condición de ser una pieza cimentada a un conjunto, cuya solidez, nacida de ciertas concesiones, sería la principal condición de eficacia total tanto política como militar.

Se trata de tomar un medio para conseguir un fin. También consiste en revestir de una apariencia razonable una ideología discutible. La verdad debe de decirse incluso aunque las comprobaciones de cada día - justificará que no se repitiera de nuevo. "La Francia sola" no es una doctrina y por lo tanto no ha podido tomarse jamás seriamente -salvo en un punto, pero un punto capital. Una nación está siempre sola delante de su destino, en el sentido de que nación alguna puede esperar de otra que se bata por ella, si no existen dos condiciones: que los intereses de esta otra nación pertenezcan a la misma causa y que la nación amenazada haga lo necesario por si misma. Sobre este punto muchos franceses viven de ilusiones. No se atrae a una nación contra su voluntad por potente que esta sea. A este respecto, lo que ayer era verdad lo sigue -siendo hoy en día. Se cuenta que M. Dean Rusk, en los tiempos en que era Secretario de Estado de los Estados Unidos, oyó un día a un oficial francés exponer la idea de que podríamos obligar a los Estados Unidos a venir no solamente en ayuda de Francia, sino de toda Europa, desatando el arma nuclear contra Rusia. La respuesta del Secretario de Estado fué rápida, categorica y dentro de la realidad de las cosas. El primer reflejo de los Estados Unidos en semejantes circunstancias, sería de reafirmar absolutamente, dijo, y asociarse con la Unión Soviética para solicitar el castigo del culpable. No existe la protección automática. No existe la seguridad automática. Es vano creer que un mecanismo de integración pudiera realizar esta protección tendente a conseguir esta seguridad. El mecanismo de integración no es otra cosa que un conjunto de ruedas técnicas desprovistas de voluntad o puestas al servicio de la nación más poderosa, quien no las pone en marcha si no es por su decisión y en función de sus intereses. La integración, a fin de cuentas, es un protectorado en que el protegido no está seguro de que el protector venga en su socorro, si sus propios intereses no lo justifican.

Es cierto: En nuestros días existen espíritus para quienes todavía no está claro la evolución de los últimos años y que desearían continuar haciéndonos dudar de que Francia sea todavía una nación.

Tranquíllicense. No voy a volver a referirme a mis habituales comentarios sobre los curiosos, vease desastrosas desviaciones en que la idea de la gran Europa ha sido victima demasiado frecuentemente. Sencillamente les recordaré esta realidad fundamental: la expresión más elevada de Europa es la de que es un conjunto de pueblos en que el respeto de la realidad nacional, con todo lo que lleva en si de independencia la palabra "nación", es la sanción del nexo de unión de los hombres y las mujeres de Europa a la libertad. Al atractivo de esta realidad -yo añadiría los dos hechos siguientes:

El primero es que, tanto en el Este como en el Oeste, cuando se habla de la defensa de Europa, se habla, a menudo, de la estrategia americana o de la estrategia soviética.

En la que se refiere al Este, la demostración no ha podido realizarse, M. Brejnev, hablando recientemente en Yugoslavia, ha declarado que su tesis de la soberanía limitada se ha comprendido mal. Sin embargo, sabemos bien el sentido que hace falta dar a la integración militar cuyas reglas ha fijado el Pacto de Varsovia. El valor de este Pacto proviene de que es la expresión de la política Rusa, establecida en función del concepto que los dirigentes soviéticos tienen del equilibrio y de la seguridad en Europa. Importa poco el acuerdo o el eventual desacuerdo de los otros participantes.

En lo que concierne al Oeste, no debe autorizarse por más tiempo ninguna ilusión. El Pacto Atlántico fué la expresión de un movimiento de solidaridad occidental para hacer frente a la amenaza estaliniana. Todavía se le representa como la seguridad de la "defensa de Europa". No obstante, la opinión americana rehusa aceptar, a pesar de todo, que el territorio del Oeste de Europa pueda ser considerado, desde el punto de vista de la defensa, como unido al territorio americano. M. Luns, nuevo secretario general de la Organización Atlántica, se imagina que un mecanismo de integración militar reforzado podría modificar esta corriente política. Es solamente una ilusión. La defensa de Europa consiste en la suma de los esfuerzos de defensa que cada nación europea acepte realizar por sí misma. Si las naciones europeas tienen un concepto idéntico de la paz, y de que este concepto oriente su política, podrán asociar sus esfuerzos, tanto por medio de sus alianzas exteriores, como por sus planes militares comunes. Posiblemente es difícil plantear el problema de la defensa de Europa, pero no existe otra forma de plantearlo.

El segundo hecho no se ha tomado suficientemente en consideración, aunque a mis ojos sea evidente. Refuerza las conclusiones que se deben de extraer del primero y del que acabo de hablar.

La unión económica de las naciones europeas, no es de ninguna manera la seguridad de una unión política. Yo estaría tentado de decir: - todo lo contrario. En efecto, en la medida según las cuales se multiplican las disposiciones tendentes a favorecer, por el desarrollo de los cambios y de los movimientos de capital, el crecimiento de la capacidad industrial y de la riqueza, se ve aparecer una mejor toma de conciencia de las oportunidades políticas diversas que pueden proporcionar la potencia económica. Una Alemania al borde del desastre, constituía un objeto al que se guía. Alemania se ha levantado. El Mercado Común la ayuda a levantarse. He aquí a la cabeza de las naciones industriales y ricas del mundo. ¿Qué mecanismo puede impedirla de adoptar una voluntad política? Veamos a la Gran Bretaña, agotada después de la Segunda Guerra Mundial, como lo fuimos nosotros después de la Primera y como sufrimos duramente durante veinte años, incapaces de demostrar en la paz el valor afirmado durante la guerra. Deudora en todas partes, la Gran Bretaña está a la sombra de la política americana. Que se recupere, que su entrada en el Mercado Común sea un tónico que aumente sus posibilidades

de crecimiento, reaparecería también una política Inglesa. Examinemos a nosotros mismos. Veamos a la Francia de 1950 y a la de 1971. A pesar de las pruebas y simplemente de las altas y bajas de la política, nuestro encauzamiento transforma las posibilidades de la política nacional. Los más grandes oradores u artesanos del renunciamiento no encuentran ya los ecos que podrían acogerles cuando no habíamos adquirido por la experiencia, que una voluntad de reconstruir nuestra potencia nos daba una gran libertad para afirmarnos en una política que nos fuera propia. En resumen, el renacimiento económico de las naciones proporciona una nueva fuerza a las tendencias políticas que le son naturales.

Estos son los hechos, y sobre estos hechos, en función de estos hechos, hace falta concebir la defensa. El sentimiento de una suerte común a las naciones europeas y a las naciones occidentales conduce a las alianzas, y en función de estas alianzas, a cooperaciones que pueden, que deben ir bastante lejos en materia de armamentos, de estudios estratégicos, de conocimiento y de apoyo recíproco. Pero las alianzas y la cooperación no tienen más valor que en función de voluntades que permanecen, de voluntades nacionales, es decir del patriotismo sin el cual no hay finalmente ninguna construcción sólida.

En lo que a nosotros nos concierne, los franceses, sepamos ser conscientes: nuestra responsabilidad es total a base de nosotros mismos y nadie participará en nuestra seguridad si con anterioridad no nos aseguramos al máximo nuestra política de defensa. En relación con Europa, es decir del Occidente, nuestra responsabilidad está compartida con otros que harán honor a sus obligaciones en la medida en la que un número pequeño, al cual pertenecemos, dará el ejemplo. En función de esta certeza apreciamos los elementos que deben permitirnos desempeñar el objetivo de nuestra defensa.

### Objetivo de la defensa

Primeramente nos hace falta asegurar la seguridad del territorio nacional y de sus habitantes. Esto, sin duda alguna, es el corazón de la realidad política, Psicológica y moral de la defensa. Políticamente se trata de la nación y de su independencia. Psicológicamente, se trata de los hogares y de su seguridad. Moralmente; se trata de los hombres de las mujeres y de su libertad.

A continuación nos hace falta participar en el equilibrio y en la paz en Europa y alrededor de Europa. En otros términos, la defensa nacional no significa simplemente la defensa del territorio. Francia forma parte de un conjunto y el estado de este conjunto es vital para su destino. Sin duda, ciertas naciones pueden desarrollar el juego de la neutralidad. Hace falta que su localización geográfica se lo permitiese.

ta. También hace falta que disponga del consentimiento de otras naciones. Las condiciones políticas que también proporcionan a ciertos pueblos del territorio europeo en regimen particular, y que aseguran su respeto hacia los otros, pueden cambiar. Si Hitler hubiera triunfado, la neutralidad Suiza o la Sueca habrían volado en pedazos. Nosotros no tenemos que plantearnos semejantes problemas. Ni nuestra situación geográfica, ni el estado de espíritu de las potencias del mundo, ni lo que somos por nuestro número y nuestras necesidades más elementales, nos permite considerar que la neutralidad no tiene ningún sentido para nosotros. Nosotros no existiremos si el conjunto del continente, dominado por una gran potencia, nos es hostil. No existimos si por el lado marítimo, bien se trate del Océano o del Mediterráneo, impida un bloqueo a nuestras comunicaciones o si una potencia marítima demasiado grande estuviera en posición de imponernos su voluntad. Por lo tanto no podemos desinteresarnos ni de la situación continental, ni de la libertad del Océano, ni de la seguridad en el Mediterráneo.

Una tercera exigencia internacional inspira nuestra política de defensa. Estamos interesados en que ninguna potencia mundial, por medio de su supremacía, altere nuestros intereses o nuestra influencia. Poseemos territorios, o mejor dicho, los habitantes de territorios lejanos que manifiestan su pertenencia a la soberanía francesa. Tenemos convenios con Estados que han sido forjados por nuestras leyes y a las cuales nuestro apoyo aparece como condición de su independencia. Tenemos, como toda nación poblada e industrial, intereses principalmente de orden económico a los cuales está unida nuestra prosperidad. Somos solidarios de un tipo de civilización que la llaman Occidental, marcada por un determinado número de rasgos específicos, pero estamos muy conscientes de que esta solidaridad puede hacernos perder nuestra personalidad: la afirmación, tanto en el interior como en el exterior de Occidente, que nuestra influencia espiritual, linguística, es una parte de nuestra definición nacional. Seguridad del territorio y de sus habitantes, participación en el equilibrio y en la paz, tanto en Europa como alrededor de Europa, voluntad de mantenerla y, llegado el caso, promover nuestros intereses materiales, políticos y espirituales en las diversas partes del mundo; tales son las exigencias de la política de defensa. Esta es la que se puede llamar la estrategia global a condición de no equivocarse sobre los términos. La estrategia global no significa el comprometerse con el mundo entero, aptitud de inmiscuirse en los asuntos de todos los océanos y de todos los continentes, capacidad de llevar la guerra a cualquier punto del mundo. Existe, en lo que a nosotros nos concierne, una deformación que terminaría por hacer dudar de la verdadera noción de defensa. Llamamos estrategia global al esfuerzo para disponer de una visión sintética, a la vez, de las amenazas que pesan sobre la existencia de la nación francesa y de las exigencias políticas, de entre las cuales el respeto es una condición de nuestro desarrollo nacional. Se puede decir sin duda, que existe un orden jerárquico entre las tres exigencias que acabo de formular. Es exacto. En -

espíritu se puede suprimir de la política de defensa todo esfuerzo para nuestros territorios de Ultramar o nuestros compromisos exteriores, renunciar a defender nuestros intereses, abdicar de toda influencia incluso en el interior de Occidente. Se dice que a pesar de todo Francia existiría. Se puede abandonar toda voluntad en tomar la parte que nos corresponde en el equilibrio de fuerzas en Europa, alrededor de la cuenca del Mediterráneo, de cara al Océano Atlántico. Con todo, se dice, Francia existiría.

Si el mundo se orientara hacia la inmovilidad de todas las cosas, por lo cual ciertas personas creerían encontrar la paz y la felicidad, esta reducción de nuestra política de defensa, podría concebirse. ¿Pero quién puede pensar que el mundo está abocado al inmovilismo? Todo se encuentra en movimiento. Todo está cambiando. Ni la libertad ni la paz no son siempre los objetivos de los movimientos y cambios que observamos. Todo lo contrario. Por lo tanto el répliegue sobre el exágono, si debe de acompañarse de la superación de los peligros, de los cuales tenemos el deber de imaginarnos, de la ruptura de los equilibrios políticos gracias a los cuales podemos afirmarnos, pronto sería una empresa decepcionante y peligrosa. De hecho, teniendo en cuenta las circunstancias, no existe política de defensa si las tres exigencias no se satisfacen y la jerarquía natural que se debe de establecer entre ellas, a justo título, no impide que formen un todo al cual está unida la continuidad Francesa.

### Los medios de la defensa

Tal y como se presenta el mundo, tal y como evoluciona, ¿se encuentra por encima de nuestros medios estos objetivos?. A esta segunda pregunta, yo respondería con las palabras que ya he pronunciado ante los oyentes de dos sesiones precedentes en este Instituto. Una política de defensa está compuesta de una política interior, de una política extranjera y de una política militar. Ninguna de estas políticas nos están prohibidas.

La definición de nuestra política interior, consiste en afirmar nuestro desarrollo y nuestra unidad. La definición de nuestra política exterior es la de afirmar nuestra personalidad internacional. La definición de nuestra política militar, es la de afirmar nuestra capacidad de disuasión y de intervención. Estas tres afirmaciones están en nuestro poder.

Afirmar nuestro desarrollo y nuestra unidad es una frase que parece banal, es lo menos que puedo decir. ¿Es inútil?. De ninguna manera.

Hemos conocido el maltusianismo económico y si, después de veinti cinco años se ha comprobado una reversión, no duden de que esta reversión no es irreversible. Vean la política Americana. Los Estados Unidos,



campeones, al menos en palabra, del liberalismo, instauran el proteccionismo. Que aparece una verdadera crisis económica, vemos surgir muy rápidamente a los viejos demonios de los que será difícil desembarazarse enseguida. Sin duda en este terreno, como en todos los demás, Francia - igual que otras naciones, no está al abrigo de las corrientes que atraviesan al mundo y modifican el comportamiento de los Gobiernos. Pero hace falta que sepamos hasta que punto nuestro desarrollo económico es indispensable para la afirmación de nuestra personalidad, de nuestra independencia, en resumen de nuestra defensa.

Lo mismo sucede con el desarrollo demográfico. No insistiré sobre ello. Mis opiniones son conocidas y estoy un poco cansado de explicar - que el fenómeno de la superpoblación en la India, en China o en Indonesia, no justifica en forma alguna las medidas de disminución en otros países, y, principalmente, en Francia. Los rusos lo han comprendido bien: estudian las medidas a tomar para mantener el crecimiento del grupo eslavo en relación con los otros componentes de su imperio. Es que efectivamente la humanidad no se aprecia absolutamente en su conjunto; no se trata de único punto, ni en lo relativo a la potencia, ni en lo relativo al espíritu.

Además, la disminución de la fuerza demográfica de los países desarrollados, o simplemente su menor crecimiento relativo, altera su capacidad de producción y disminuye sus posibilidades de ayuda a los países en vías de desarrollo. Teniendo de lo que es, teniendo en cuenta de lo que puede, Francia dispone actualmente de un margen considerable. Con cuarenta millones, nuestro nivel de vida de hoy en día sería superior, la vida de cada uno más fácil y Francia estaría mejor defendida. Para Francia un creciente aumento de niños, supondría mañana, la seguridad de encontrar trabajo para todos, una renta en alza para todos - y la seguridad para la nación. La disminución, incluso un crecimiento débil, supondría lo contrario.

La unidad francesa no ofrece duda alguna. Conviene sin embargo estar en guardia contra los abusos de la libertad. Jamás se adquiere nada para siempre y hace falta saber, y Vds. deben de saberlo, que un país dividido es un país que pierde la noción de las prioridades, es decir, olvida la prioridad de la defensa. O la división no es solamente geográfica, puede ser social. Un tecnócrata al servicio de Hitler, Speer, ha manifestado recientemente, con sorpresa de algunos, la inferioridad de la dictadura sobre la democracia: los métodos totalitarios, buenos para preparar la guerra y sorprender al adversario, no aseguran la cohesión nacional indispensable para superar las pruebas. El comentario está justificado. Pero esto no es nada nuevo y sobre todo rebasa los tiempos de crisis; es en efecto permanente. Para aceptar las servidumbres que afectan a la defensa, cada ciudadano debe sentirse preocupado. Sin caer en los absurdos demagógicos que tienden a suprimir toda capacidad de decisión y toda estructura social, hace falta comprender el valor de la adhesión popular a la nación. Verdadera en todo tiempo, este valor de la --

adhesión existe todavía aún más en nuestros días. La disuasión nuclear hace reflexionar al adversario. Entonces, este, se vé tentado de darle una importancia creciente a los métodos de subversión o de desintegración interna. He aquí porqué debe de llamarsele la atención a cada francés, para que tome conciencia de su responsabilidad solidaria de ciudadano en relación con los otros ciudadanos. A este respecto, la justicia social, la promoción y la participación forman parte de una política de defensa. Es decir, que no hay que dudar en trabajar sin descanso para la renovación y el progreso. Afirmar nuestra personalidad exterior se traduce en una política diplomática. La nuestra después de la orientación y de la animación que la dió el General De Gaulle, se define por una voluntad de no alineamiento con las grandes potencias, por una definición precisa, aunque limitada, de nuestros compromisos, en fin; por un esfuerzo diversificado de cooperación internacional.

El no-alineamiento es el elemento básico. Es inexacto pretender que la paz o la guerra en el mundo depende de la única voluntad de las superpotencias, pero es por su voluntad (o ausencia de voluntad) el que un conflicto pueda extenderse o permanecer circunscrito.

Reconozcamos que las fuerzas de las cosas hace que cada gran potencia exprese a su manera un tipo de civilización y un sistema político y económico. El hecho de que la gran potencia americana sea la expresión más fuerte de la civilización occidental y del sistema político y económico el cual, por ser esencial esta civilización se refiere a nuestros días, crea entre los Estados Unidos y nosotros lazos particulares, testimonio moderno de una alianza a la cual la Historia, en diferentes repeticiones, ha dado una fuerza particular. Pero toda gran potencia tiende a resumir la civilización, de la que se considera guardiana, a sus únicos intereses. De esta forma el comunismo permite a Rusia alcanzar los objetivos rusos y un determinado concepto del liberalismo permite a los Estados Unidos a definir los objetivos americanos. La política del rublo, la defensa de los intereses industriales soviéticos, la promoción de la lengua rusa tienen, en el mundo occidental, su equivalencia: la política del peso del dólar, la política de la lengua inglesa, y el predominio tecnológico e industrial de los Estados Unidos.

En nuestra política de defensa conviene medir la parte que nos corresponde en la participación occidental, en la que el cuidado de las buenas relaciones con nuestro poderoso compañero y aliado natural y el hecho de que los intereses franceses no son siempre los intereses americanos y de que incluso y, a menudo, son opuestos: de aquí el hecho de que no sea soportable ninguna integración y no solamente la integración militar.

Esta apreciación no es figurada. La tenemos bajo nuestros ojos. Por parte de Washington se advierte un desentendimiento paralelo a la prioridad absoluta, tendiente en lo sucesivo a un equilibrio de fuerzas

y a la cooperación con Rusia. De aquí que la seguridad de Europa no pueda ser tratada como lo fue hace veinte años, cuando se aplicó el tratado del Atlántico Norte. Esta nueva visión hace de Francia un elemento importante de equilibrio y de estabilidad. Tenemos por lo tanto el deber de precisar las relaciones que pueden existir en materia de defensa con nuestros principales vecinos y compañeros.

Tenemos igualmente el deber de examinar las perspectivas de la seguridad europea con la Unión Soviética, en la que la política es una de las llaves del porvenir del Continente. La no alineación llega a ser así una condición de nuestra política europea y una de nuestras oportunidades.

Lo mismo sucede en nuestras posiciones exteriores en Europa. Los bloques, soldados en tiempo de crisis, se desintegran y nuestro interés, por ejemplo para una política musulmana, de importancia capital en relación con el Mediterráneo, tiene que estar de acuerdo con nuestros conceptos particulares y con nuestra aptitud de aplicarlos con tenacidad.

La limitación de nuestros compromisos es, a la vez, una continuación del no alineamiento y una consecuencia de hecho: de que las amenazas de conflicto no tienen en lo sucesivo fronteras. Hubo un tiempo en que sólo las grandes querellas europeas amenazaban gravemente la paz del mundo. La conquista y el mantenimiento de territorios lejanos eran fáciles porque sólo pesaban sobre ellos las amenazas locales. El esfuerzo para defenderlas no comprometían en toda su profundidad a los recursos nacionales. Ya no sucede así actualmente. Cualquier conflicto, sea donde sea, por un encadenamiento que es la marca de nuestro siglo y sin duda del siglo próximo, puede llevar a un enfrentamiento total. Fácilmente un conflicto lejano puede poner en juego el equilibrio Universal. Por lo tanto, es necesario medir nuestras obligaciones diplomáticas y no volver a empezar con este trágico error de que nosotros garantizando en términos políticos, a una gran parte de Europa, nos condujo a Múnich por incapacidad de medir nuestro poderio militar en relación con nuestros compromisos y recíprocamente. Por lo tanto, nos hace falta fijar, en nuestra política exterior, objetivos que estén conformes con nuestras exigencias. Sin duda será necesario sobrepasarlos. No existe política sin esfuerzos ni incluso sacrificios. Sin embargo no debemos sobreestimar nuestras posibilidades.

Los compromisos con la seguridad de Europa, los compromisos para evitar ciertos dominios en la cuenca del Mediterráneo, en Africa y en aquellos lugares del mundo en que ondea nuestra bandera: he aquí lo esencial que ya es de por sí muy importante.

La cooperación internacional, tercera característica de nuestra política exterior es igualmente la impronta de una diplomacia al servicio de la defensa. A justo título, nuestra cooperación toma, teniendo

en cuenta la situación del mundo, cuatro direcciones, y la misma palabra indica, como es debido, acciones muy diferentes unas de otras, pero todas animadas de la misma voluntad de participación en la seguridad.

La cooperación con los Estados Unidos de América dentro del espíritu del que hablaba anteriormente, es decir teniendo en cuenta la solidaridad occidental que es uno de los elementos del equilibrio mundial y del considerable apoyo que el poderío americano está en disposición de aportar, desde que ven que esta solidaridad se resiente. La cooperación con la Unión Soviética, teniendo en cuenta que este objetivo es de interés común a los franceses y a los rusos: la estabilidad duradera de Europa. Cooperación con los Estados Europeos, nuestros vecinos, que fueron aliados o nuestros adversarios, en función de un destino casi idéntico, a pesar de las especificaciones de cada uno y de sus aspiraciones. Cooperación, en fin, con los nuevos Estados Africanos del Norte, Africa Central y Madagascar, bien por que convenga ayudarles en su evolución, bien por que sea necesario evitar que su relativa debilidad les haga oscilar o desaparecer en beneficio de un movimiento peligroso para la paz.

Ninguna de estas cooperaciones son fáciles de practicar. Al contrario, pueden aparecer incluso contradicciones. Es de la incumbencia de todo político el de descubrir estas contradicciones conociendo nuestras prioridades de seguridad, es decir nuestras exigencias nacionales.

Por fin viene la política militar. Primero respuesta y defensa, a continuación intervención en Europa y fuera de Europa, este esquema que yo considero ahora clásico, la resume en sus orientaciones esenciales que domina la noción de la disuasión.

Es necesario entender bien a la disuasión cuyo objeto es el de dar a conocer al adversario, al objeto que renuncie a su empresa, los riesgos que corre si persiste en que su amenaza tome cuerpo. Es por ello que la disuasión toma, en primer lugar y prioritariamente, el aspecto de respuesta nuclear. También es porque la disuasión tiene un segundo aspecto, que es la voluntad popular de no ceder. La potencia americana, por tomar el ejemplo del más fuerte Estado del mundo, garantiza su seguridad por medio de una fuerza nuclear terrorífica. El Estado Yugoeslavo, por tomar el ejemplo de un pueblo pobre en medios, garantiza su seguridad mediante una ardiente defensa popular sin espíritu de compromiso. Entre las dos, Francia tiene la ambición de recurrir, en su medida, a ambos medios: una fuerza nuclear acreditada, y una defensa popular eficaz. Los dos medios están estrechamente asociados y nuestra seguridad no puede contentarse con uno solo de ellos. Es insuficiente el encontrarse satisfecho por el solo temor que inspira nuestro armamento nuclear: la mayor y más fuerte potencia de destrucción que seamos capaces de hacer intervenir, no producirá su efecto si el adversario no se da cuenta que las francesas y los franceses se encuentran en

estado moral y material de resistir a las peores presiones y de no aceptar ninguna renuncia. Contentarse solamente con la defensa convencional de nuestro suelo carecerá de efecto si el adversario, susceptible de usar una fuerza considerable, no ve levantarse delante de él la potencia de nuestro armamento, potencia que lleva consigo un sostén necesario para la firmeza de los hombres y de las mujeres. Tal es nuestra doctrina definida para el futuro y a la cual nos comprometemos a dar, cada año, una mejor consistencia.

Nuestra disuasión descansa principalmente, como sucedió en todas las potencias nucleares, en las armas llamadas de destrucción masiva: bombas lanzadas desde aviones, además de ingenios balísticos estratégicos tierra-tierra y mar-suelo. Nuestros "Mirages IV" están operativos desde hace cinco años. La plataforma "Albión" lo está desde hace tres meses; el primer submarino lo estará antes del fin del año. Según los términos de nuestra tercera ley-programa; mantenemos en servicio nuestros "Mirages"; completamos la plataforma "Albión"; construimos cuatro submarinos más. A estas armas se les agregará pronto el armamento anti fuerzas: las bombas llamadas tácticas y los ingenios llamados "Plutón". Este reparto de nuestro armamento nuclear es importante. Ciertamente que una potencia como Francia no puede aplicar fácilmente la estrategia de la respuesta gradual descrita por los dirigentes americanos ~~nue~~stra situación no nos permite una ligereza semejante- pero nuestra disuasión está acreditada en la medida en que nuestra voluntad está dispuesta a volcarla del todo en la causa. La añadidura de una capacidad anti fuerza, cuya disposición, como su nombre indica; depende del poder político ya que, actualmente, la disuasión nuclear no se divide. La expresión "estratégica" o "táctica" en este campo, lleva a la confusión. La variedad de los armamentos necesarios para una disuasión global, está acompañada de una unidad en la decisión de empleo, decisión que es política y que no puede emanar más que de la más alta autoridad del Estado, la cual decide, a la vez, el principio del fuego nuclear y sus objetivos.

Esta fué, y les llamo su atención, una de las causas que condujo al General De Gaulle a proponer la elección del Presidente de la República por sufragio universal, una de las razones que imponen en el futuro el mantenimiento de esta regla institucional y, si el caso se produce, y se plantea la decisión, se reafirman los poderes del Jefe del Estado. La aptitud del sistema político para decidir la disuasión nuclear es un elemento capital de la credibilidad.

La fuerza que proporciona en nuestros días, la elección popular, es por lo tanto un imperativo de nuestra política de defensa.

La disuasión, en su aspecto llamado convencional y de resistencia, depende a la vez de la rapidez y profundidad de la acción. La rapidez está asegurada por nuestras fuerzas de intervención sobre las cuales ya hablaré más adelante, pero cuyo papel tratándose principal-

mente de fuerzas de maniobra y de fuerzas aéreas tácticas, son importantes en la disuasión. La profundidad está asegurada por una defensa del territorio en el que la movilización desempeña un papel esencial, hasta el punto que no es posible hablar de verdadera defensa del territorio si su armazón no está construida con esta llamada a las reservas que ilumina, por la intervención popular, la voluntad de la nación.

Es necesario, en efecto, marcar una voluntad de entrega total - que, en su género, expresa una resolución análoga a la que resulta de poner en acción al armamento nuclear. Se trata, en otros términos, de estar a punto, más allá de las fronteras, en las fronteras, y, si el caso se presenta, sobre el propio territorio, imponiendo obstáculos - muy crueles al asaltante y de probar, ante cualquier desencadenamiento, una resolución total de no inclinarse, cualquiera que sean los sacrificios exigidos, y una determinación tal de respuesta, que ningún suceso inmediato justifique por parte del asaltante la realización de su amenaza.

La misión de las unidades movilizadas, su composición, su armamento, la forma de movilización de las reservas y su encuadre, contribuyen a este respecto en un complemento indispensable a las unidades permanentemente dispuestas, no solamente con el fin de aumentar su potencia, sino igualmente para señalar la adhesión popular a esta estrategia.

A este respecto, puede decirse que el servicio militar universal presenta un valor análogo para la defensa, que el que supone la elección por sufragio universal del Jefe del Estado, amo de la fuerza nuclear. Cada ciudadano se debe al servicio: frase misma pero de importancia capital. He vuelto a decir recientemente, delante de las dos Asambleas del Parlamento, con ocasión de la gran ley de Codificación votada y promulgada este año, que el servicio militar está destinado tanto para proporcionar a la nación los hombres indispensables a la aptitud operativa de los Ejércitos, como para situar, por medio de la movilización nuestro potencial militar al nivel de las exigencias en tiempo de crisis.

Esta afirmación nos parece banal. No lo es en absoluto. Procede ciertamente de la doctrina de la nación en armas que debemos al siglo XIX y, principalmente, a la obra militar de los dirigentes de la III República. Pero en nuestros días y dentro del espíritu de nuestra estrategia, hace falta adaptar y sobrepasar esta doctrina: adaptarla, es decir, poner a la movilización conforme a las exigencias y a las posibilidades exactas de los Ejércitos, teniendo en cuenta además, los imperativos de nuestra capacidad industrial de guerra: sobrepasarlas, colocando este esfuerzo nacional a su nivel de disuasión comprendido y aceptado.

El reclutamiento y las reservas representan esta adhesión popular, sin las cuales, actualmente para una nación como la nuestra, faltaría a la defensa uno de sus elementos esenciales. Los adversarios al atacar sucesivamente al armamento nuclear y al servicio nacional saben lo que se hacen: apuntan a nuestra defensa, es decir, a nuestra independencia en su propio corazón.

Las reflexiones que acabo de exponer indican que hay que realizar tareas grandes y determinadas en nuestros ejércitos, principalmente en el ejército de tierra. Dar todo su sentido a la defensa militar del territorio, mediante el valor operativo de un número acrecentado de unidades; asegurar, por medio de un esfuerzo constante, el acuerdo nacional para la ejecución del servicio y el perfeccionamiento de las reservas útiles: estas orientaciones son tan importantes como aquellas que, mediante la investigación científica y tecnológica, permiten mejorar los materiales e inventar nuevas armas. Una vez más en materia de defensa, todo marcha al unísono.

La capacidad de respuesta es la primera atención de nuestra política militar; la capacidad de intervención es la segunda.

Nuestras fuerzas, a este respecto, comprenden los dos Cuerpos de Ejército que agrupa el 1<sup>er</sup> Ejército, la Fuerza Aérea Táctica, la Fuerza Terrestre de Intervención, es decir, la II<sup>a</sup> División Paracaidista y sus complementos eventuales, las Fuerzas Aéreas y Marítimas, y, por fin -- nuestros elementos estacionados en ultramar.

Estas unidades de intervención no participan solamente en la disuasión por la sencilla razón de que los elementos de nuestra organización militar deben de tener un carácter polivalente: constituyen, como elementos de acción en el exterior, un complemento indispensable, por -- que no se puede concebir que la disuasión de nuestro territorio se -- "acreditará" si permanecemos pasivos cara a las amenazas que pasen sobre los territorios o poblaciones fuera de nuestras fronteras, nos tocan sin embargo directamente. En este aspecto se vé bien que una nación, como Francia, no es neutral, no puede ser neutral. Que permanezcamos -- insensibles a tal o cual modificación profunda del equilibrio europeo o a las condiciones de seguridad en el Mediterráneo, el autor de estos cambios no tendrá la menor duda de que Francia, renunciando a un estado de cosas capital para su independencia, declinará por anticipado del empleo de su potencia. Puede ser que este adversario se equivocara, pero nosotros habríamos prestado atención al valor de nuestra resolución y, por consiguiente, al valor de nuestra disuasión.

Sin duda conviene destacar nuestra prudencia, es decir, medir -- nuestra capacidad de intervención. Determinado acontecimiento que nos -- afecte en su gravedad, lejos de Europa, o en la misma Europa, no nos puede llevar a la intervención, por que no esté en nuestro poder luchar --

con éxito y nos desgastaríamos en vano. Por el contrario, algún otro acontecimiento, nos afecta y conviene actuar en cooperación con aliados. Otro, exige que nos fusionemos nosotros solos, que marquemos nuestra propia resolución, es decir que intervengamos.

La elección es función de la política, pero decir que la decisión existe, es lo que permite afirmar al mismo tiempo, que si la abstención es legal a veces, en otros casos lo que se impone es la acción, y conviene estar preparados.

Anteriormente, nos hemos referido a nuestros intereses en el exterior. Para algunos de nosotros, por ejemplo el porvenir de los territorios lejanos que se consideran franceses, de las unidades estacionadas pertenecientes a los tres Ejércitos, o dispuestas con toda evidencia a intervenir, serán reforzados por anticipado, con el fin de hacer comprender nuestra voluntad a quien pretendiera equivocarse. Nos hemos referido igualmente a nuestros compromisos en relación con ciertos Estados, al primer jefe, los estados francófilos de Africa y Madagascar. En respuesta a las preguntas que nos dirigen, manifestamos nuestra preocupación por hacer honor a nuestra firma que los da valor. En lo que se refiere a Africa es cierto que al sostener a las independencias que hemos acordado, mediante una cooperación, si se presenta el caso de tipo militar, nos sucede y nos sucederá que tengamos que oponernos a movimientos subversivos cuyo mando y organización está a menudo muy lejos de Africa. Es una contribución positiva a la solidaridad Occidental. Esto puede conducir a intervenir en unas condiciones muy diferentes en el caso de que, de cara a graves problemas comunes, la resolución de las naciones signatarias del Pacto Atlántico del Norte deberán estar a la altura de los propósitos mantenidos por sus dirigentes. Por nuestra parte, el Presidente de la República, renovando las afirmaciones del General De Gaulle; ha repetido nuestra preocupación, en función de la ejecución de nuestros compromisos recíprocos que han sido redactados para hacer frente a nuestras obligaciones en relación con la Alianza.

Las circunstancias cambian, el mundo se remueve mediante grandes movimientos, nuestro siglo antes de desembocar en el siguiente conocerá nuevas evoluciones y revoluciones: lo mismo sucederá con los hechos que tienen y tendrán consecuencias sobre nuestra actitud, pero yo sigo persuadido que nuestra voluntad de paz, nuestra necesidad de paz, condiciones de un construir duradero, son funciones del respeto a las orientaciones militares de las que acabo de resumir sus principios.

Nuestra política interior, política diplomática, política militar cada uno de estos elementos en particular y en su conjunto se encuentran en nuestro poder. La capacidad económica, financiera, la capacidad intelectual, la capacidad psicológica y moral de nuestro país están en condiciones de soportar esta política de defensa, así definida. Al mismo tiempo como es debido, y como es capital que Vds. sepan, una política de defensa es uno de los cimientos de la unidad, del valor y del or



gullo de un pueblo. Renunciar a defenderse, es renunciar a la razón de ser de uno mismo, es decir conceder a otros el mando de uno mismo.

Es ingrato, puede ser que algunos lo digan o lo piensen, hablar tanto de defensa es decir, del esfuerzo interior, de la independencia exterior, ejércitos y armamentos. Después de tantas pruebas trágicas, la humanidad tiene sed, nos dicen, de reposo, y se atrae a la desgracia si no se quieren tomar orientaciones nuevas por ejemplo el desarme, aunque sea unilateral.

Ciertamente es mucho más fácil emplear un lenguaje semejante. Pero este lenguaje es mentiroso. Todos nos hace preveer, por el contrario, que el destino será, como siempre lo fue, severo con las naciones que se abandonan, y cuando decimos "naciones" pensamos en las personas y en los hogares que las componen. Ciertamente que es conveniente no desdeñar cualquier posibilidad de acuerdo, de cooperación, de limitaciones de armamentos: así es en efecto nuestra política. Pero una experiencia más que milenaria nos enseña que el respeto a la libertad no está en la naturaleza del hombre, como tampoco el respeto a la paz se encuentra en la naturaleza de los pueblos. El respeto de la libertad de los franceses, y el respeto de la libertad de Francia pasan por una política de defensa, adaptada a la elevada idea que nosotros le damos a la libertad, a la paz, de los Franceses y de las Francesas.

+ + +